

# LA VIOLENCIA COMO DISCURSO: APUNTES PARA UNA TEORÍA DE LA GUERRA

DOMINGO FERNÁNDES AGIS  
Uned de Las Palmas de Gran Canaria

Son muy conocidas algunas de las consideraciones de José Ortega y Gasset en torno a la guerra. En concreto, cualquier lector de su obra no tendrá dificultad alguna en recordar como el filósofo atribuye un papel esencial a la guerra en la construcción de los Estados y de qué forma juzga el "espíritu guerrero", al que considera expresión de una muy elevada actitud ética. No obstante, mi propósito no es ahora mostrarles al detalle esos antecedentes. El objetivo que persigo es diferente, por más que guarde relación con lo que acabamos de evocar. En efecto, en las páginas que siguen intentaremos adentrarnos en los intentos que Ortega realizó de construir una teoría de la guerra. Intentos que a veces no pasan de ser meros esbozos, como ocurre con tantos otros asuntos que abordó este pensador al que, no sin razón, se le ha solido tachar de disperso y asistemático.

Notable importancia tiene, a este respecto, la oportunidad para marcar las distancias que median entre su pensamiento y el de un defensor del autoritarismo militarista como Max Scheler, que le ofrece la reflexión y el comentario acerca del contenido de la obra *El genio de la guerra y la guerra alemana*. Cuando nos da a conocer sus conclusiones, podemos verle

abordando con cautela la cuestión del papel desempeñado por el elemento bélico en la configuración de la nación alemana. Hay que decir que, cuando menos, puede calificarse de precisa la crítica que Ortega realiza en algunos pasajes de su escrito. El punto de partida de su crítica a Scheler está en el cuestionamiento de los presupuestos filosóficos en los que éste pretende asentar su teoría de la guerra.

Enoja a Scheler -nos dice Ortega- que no se reconozca en el Estado una persona real, tan real como el individuo. ¿No debe enojar más que Scheler rebaje, dentro de la enorme persona Estado, la persona individual al papel de una imagen de una imagen, de una sensación, de un instinto?<sup>1</sup>

Con esta contraargumentación, Ortega pretende desmontar el increíble misticismo del que ha hecho gala el escritor germánico, capaz de justificar desde semejantes posiciones cualquier tentación imperialista y totalitaria de la *persona* del Estado alemán. Sin embargo, a pesar de la pertinencia de estas estimaciones, hemos de convenir que es sobremanera curioso que le reproche ahora a Scheler muchas de las estridencias en las que él mismo ha caído en otras ocasiones.

Pero no se detiene aquí el proceso por medio del cual van desgranándose sus planteamientos alternativos a la aludida teoría. Por el contrario, a partir de esa objeción primeriza, Ortega abunda en el análisis crítico del darwinismo social que está a la base de alguna de las ideas de la ensoñación imperialista alemana. Aunque, para llevar el agua a su molino, el filósofo español mezcle elementos que no casan bien entre sí y exprese además alguna apreciación que puede considerarse como una auténtica metedura de pata, como decir que el darwinismo ya no inspira a la biología, ¡en 1917! A este respecto, cabe reseñar que resulta siempre algo grotesca la alegría con la que el filósofo madrileño se permite moverse en la trastienda de la ciencia, sin tener otra cosa que una ligera idea de lo que hay en esos momentos expuesto en el escaparate. Por lo demás, el reproche a la biología darwiniana es, en este punto, tan absurdo como el que podría hacerse a la física en relación con el abuso del término *relatividad* y sus derivados. Ni la biología tiene la culpa de la trasposición a otros terrenos de teorías que han surgido en su seno, ni tampoco la física tiene que hacerse responsable

de que el auge de la teoría de la relatividad haya puesto de moda la banal afirmación de que "todo es relativo".

En cualquier caso, él sostiene que

la biología darwiniana ha favorecido esas ideas falsas sobre la historia imponiendo otras no menos falsas sobre la vida. Por fortuna han pasado los tiempos en que Darwin inspiraba la atmósfera de los laboratorios. La nueva biología, penetrando más adentro en los fenómenos vitales, ha llegado a opuestas intuiciones sobre el proceso de la evolución orgánica. Ya no aparece la vida como una lucha triste por no morir, como una mera reacción al medio, como una adaptación, sino al contrario: vivir es producción, creación de multiplicidad organizada, aumento, expansión, dominio. El equilibrio es la negación de la vida. El principio de conservación es secundario y adjetivo. El principio que late en el plasma es crecimiento y tendencia a imperio sobre el medio.

Scheler censura a los escritores alemanes que, como Bernhardt, han querido fundar la apología de la guerra en el principio darwiniano de la lucha por la existencia<sup>2</sup>.

Sea como fuere, para denunciar el salvaje discurso imperialista de Scheler no hacía ninguna falta meterse en semejantes honduras científicas o pseudocientíficas, bastaba con poner de relieve el antihumanismo bochornoso y el ridículo chovinismo en los que llegó a caer el escritor alemán. Por ello, no resulta descabellado concluir que, si Ortega se toma tantas molestias, es porque siente la proximidad de algunos de los argumentos de Scheler a los suyos propios. En este sentido, no deja de ser curioso que las profundas relaciones entre ambos pensadores salgan a relucir, precisamente, cuando Ortega pretende establecer los rasgos que le distinguen de Scheler.

Frente a Scheler yo diría: hay, en efecto, en la guerra un motor biológico y un impulso espiritual que son altos valores de humanidad. El ansia de dominio, la voluntad de que lo superior organice y rija a lo inferior, constituyen dos soberanos ímpetus morales. Pero si en la guerra hay eso, la guerra no es eso. Reducido el fenómeno bélico a esos términos, todo era llano para Scheler, y, en realidad, no habría cuestión. Si la hacía de barbero, que tiene algo de yelmo, no fuera sino yelmo, nadie disputaría. La conciencia de los propios derechos, la energía para hacerlos respetar, el anhelo de extender la esfera de influencia de nuestra persona no merecen sino loa. Pero eso no se hace sólo en la guerra: la paz no es tan pacífica como Scheler dice. Las concurrencias económicas, de ideales políticos, artísticos, etc., etc., son manifestación de aquellos mismos impulsos. No sólo con la espada

en la mano se aspira a ejercer influencia sobre los demás, sino con la pluma en esa misma mano. No sólo en la trinchera, sino en la conversación, en todas las formas del trato social y de la producción intelectual e industrial. El poderío espiritual y la guerra no son, por tanto, una misma cosa. Aquél se produce y mide en innumerables maneras, y es un hecho que la esfera de dominio lograda antes de esta guerra por Alemania no sólo a la de 1870 es debida, sino al respeto que su prodigiosa labor científica y administrativa ha suscitado<sup>3</sup>.

En este singular ejercicio de desmarque teórico, que acaba apuntando tantos signos de acuerdo como de divergencia, es interesante el uso que se hace del concepto de *esfera de dominio*. Con él pretende aludir a la influencia científica, técnica y económica que puede ejercer un país sobre otros. Este tipo de influencia es, para Ortega, algo deseable y digno de elogio, algo de lo que pueden sentirse legítimamente orgullosos los habitantes del país que lo consigue. El filósofo ve en esto algo positivo, frente a la mera imposición por la fuerza militar ante los otros, que sólo puede dar lugar a un predominio momentáneo e inestable sobre las demás naciones.

Como ya ha hecho en otras ocasiones, combate asimismo aquí la idealización del derecho, pues a su juicio éste puede esconder también violencia e injusticia. Con ello pretende dar expresión más precisa a su idea de que el conflicto no es privativo del estado de guerra, ya que la paz está siempre surcada por él. El error de suponer lo contrario tiene, a su juicio, graves consecuencias. Tampoco aquí puede evitar dar rienda suelta a su inquina contra el siglo XIX. A su juicio, es también en ese período donde radica el origen de este mal propio de la sociedad contemporánea.

Yo no sé hasta qué punto -nos dice-, cuando se opone *derecho a guerra*, solemos darnos cuenta de lo que aquél significa frente a ésta. Presumo que, de ordinario, olvidamos cuánto hay de problemático en el derecho. Conviene, pues, recordar que exactamente los mismos motivos de enemistad contra la guerra han existido, y en parte existen, contra el *derecho*. También de éste se ha dicho que no era sino fuerza bruta. Menos que nadie tiene derecho al derecho un siglo como el pasado, que se ha complacido en hacinar observaciones que presentan al derecho como una ficción o antifaz de coacción y la violencia, por tanto, como la expresión de una perpetua guerra civil en que ora prepondera un bando, ora otro, siendo las leyes manifestación de ese poderío. Aun cuando yo no creo esto, no puedo menos de reconocer que en todo momento una parte del derecho vigente es injusto, por tanto, un principio de violencia<sup>4</sup>.

Sin embargo, a pesar de las alusiones críticas que viene haciendo a la obra del alemán, sorprendentemente, en ciertos pasajes parece Ortega adherirse a algunas de las más inquietantes ideas defendidas por su otrora incondicionalmente admirado Scheler. Siguiendo sus planteamientos mezcla, por ejemplo, la idea del uso legítimo de la violencia en el interior de su territorio por parte de un Estado, con la agresión a otros Estados, en la que tanto Scheler como el propio Ortega ven una manifestación de la pujanza vital del Estado agresor. El argumento justificatorio no puede ser más mediocre: al Estado que está sobrado de fuerzas hay que permitirle emplearlas, necesita intentar la realización de una expansión territorial proporcional a dichas fuerzas y, por lo tanto, no nos queda sino aplaudir cuando se embarca en una guerra de conquista de nuevos territorios. Por si esto fuera poco, Ortega insiste en que esta tendencia imperialista es independiente de la estructura jurídico-política del Estado.

Nada más remoto, según esto, de la acción pedagógica y persuasiva que la acción *estatificadora*. Es ésta, por esencia, impositiva, imperativa. Una y misma cosa es para ella ser e imponerse. La densidad de esa energía de Estado sólo puede manifestarse en la guerra. Por eso decía Scheler que el Estado en guerra es el Estado en su plenaria actuación.

Esta idea del Estado-poder no roza para nada la opinión que se tenga sobre el Estado-forma. El derecho político y sus discusiones sobre el patrimonialismo o democracia, individualismo o socialismo se ocupan meramente de la estructura jurídica, dentro de la cual ha de funcionar la voluntad del Estado. Pero ésta es una realidad. En opinión de Scheler, una realidad absoluta<sup>5</sup>.

Como podemos apreciar con claridad, la contaminación del concepto de *derecho* por medio de su tendenciosa y perversa vinculación al concepto de *violencia* tenía un objetivo que ahora podemos ver de forma nítida. Hemos llegado al corolario de un torcido proceso argumentativo. A partir de esta argumentación sólo cabe concluir que la violencia contra los débiles es la cosa más natural del mundo y poco o nada puede hacerse en contra de ella. Pero, por si esto no fuera suficiente, una cierta dosis de cinismo le lleva incluso a proclamar que hay una *salida* a esta situación. Claro que la *salida* es de las que el espíritu popular califica como de pata de banco: la única forma de evitar la guerra es que los débiles se sometan sin ofrecer resistencia a la volun-

tad de los fuertes. De manera análoga, no está de más que recordemos aquí que la única manera de evitar las tensiones sociales consiste, para Ortega, en que las masas se sometan voluntariamente al predominio de las élites.

Porque éste es el gozne donde toda la cuestión gira: el derecho de la fuerza. Eternamente, sea en una forma, sea en otra, siempre de manera imprevisible, se producirán en la humanidad condensaciones de poder y de fuerza sociales. Siempre habrá fuertes y débiles. Y los fuertes serán violentos mientras los débiles no reconozcan el derecho a la fuerza<sup>6</sup>.

A más de un lector le causará verdadera repugnancia el trasfondo de esta argumentación. Frente a ella cabe preguntarse por qué no admite Ortega, de una vez y sin ambages, que lo único defendible es la fuerza del Derecho, si esta proviene de la racionalidad y no de imposición violenta de unos intereses particulares, y abandona de manera definitiva esa ambigüedad tan censurable en la que, en este delicado terreno, se mueve. A modo de explicación puede aventurarse que, a despecho del peso que a este respecto puedan tener otros elementos, su permanente hostilidad hacia todo lo heredado del siglo XIX lo convierte en un incurable reaccionario. Es cierto que no puede considerársele así en todos los aspectos de su pensamiento político, pero no lo es menos que, en muchas de las cuestiones sociales básicas sí defiende una postura claramente reaccionaria.

Su texto, "La interpretación bélica de la historia", publicado originalmente en octubre de 1925, nos ofrece el intento de desarrollar algunas de estas ideas de una forma más libre y personal que la que puede darse por medio del comentario de la obra de otro autor.

En este escrito, Ortega empieza arremetiendo contra el materialismo histórico, pero no sin antes reconocer la gran importancia que éste ha tenido en el desarrollo de las ciencias sociales. Es muy significativo que, a su entender, la historia empiece a aproximarse a los modos de proceder de las demás ciencias gracias a la influencia materialista. Pero, a pesar del mencionado reconocimiento, Ortega no deja de considerar que tal visión materialista padece una *hipertrofia* de lo económico, es decir, concede a la estructura económica de la sociedad un papel de predominio absoluto que no cuadra de ninguna manera con la realidad.

Así pues, sostiene que

tuvo enorme importancia la aparición de esta teoría histórica. Puede decirse que desde entonces empieza a existir algo que merezca llamarse ciencia histórica. Reveló súbitamente que la balumba de los hechos humanos no era mero ir y venir de acontecimientos suscitados por el azar, sino que bajo esa apariencia de gota de agua, donde a capricho pululan los vibriones, la vida histórica tiene una estructura, una ley profunda que la rige inexorable. Bajo la escena intrincadísima y mudable de los sucesos gobierna rigurosa la organización económica de cada época. Ella es la sustancia del proceso histórico.

Desde entonces, repito, la historia no se contenta con narrar lo acaecido, sino que aspira a reconstruir el mecanismo generador de los acaecimientos

Hasta aquí lo dedicado al elogio de la aportación materialista. A partir de este punto, se extenderá en sus consideraciones críticas, centradas, como no podía ser de otro modo, en el determinismo economicista del que adolece el materialismo histórico. Las palabras de Ortega no pueden ser, por lo que se refiere a este extremo, más explícitas:

Era, sin embargo, excesivo el papel que al ingrediente económico se daba haciendo de él la única auténtica realidad histórica y desvirtuando el resto -derecho, arte, ciencia, religión- como mera 'superestructura', simple reflejo y proyección de la interna mecánica económica. Aquí está la exageración, cien veces demostrada. Pero merced a ella quedó para siempre despierta la atención a los datos económicos de cada época, que antes pasaban desapercibidos a la historiografía<sup>7</sup>.

A continuación, después de haber denunciado la insuficiencia de la interpretación materialista de la historia, establece un correlato entre la influencia histórica de los instrumentos de producción y la que han tenido los instrumentos de destrucción. Desde este punto de vista, tanto nos dice de una época su modo de producir mercancías como su forma de hacer la guerra. Esta afirmación encierra una verdad, al menos parcial. Pero, lo que resulta inaceptable es afirmar que la guerra es el elemento que permite interpretar el sentido y alcance de los cambios históricos. La guerra no mueve la historia de nuestra especie, por más frecuente que haya sido en ella.

Sin embargo, para él,

no arribaremos a una suficiente comprensión del proceso histórico si antes no se investiga y mide el influjo de cada actividad humana sobre el resto de la vida.

Una de estas investigaciones sería lo que llamo interpretación bélica de la historia. No se trata de volver a una historiografía que narre las batallas, sino de mostrar el poder plástico que sobre la constitución de la vida en cada época ha tenido el modo contemporáneo de hacer la guerra. Sorprende que no se haya aprovechado más una insinuación que, al desgaire, hace ya Aristóteles en su Política cuando dice que 'en cada Estado el soberano es el combatiente y participan del Poder los que tienen armas'.

Este pensamiento podría proporcionarnos una interpretación bélica de la historia, que formaría el perfecto 'contrapuesto' a la interpretación económica. Según ella, la vida en cada época sería, no lo que fuesen los instrumentos de producción, sino al revés, los instrumentos de destrucción. Una modificación de las armas de combate acarrearía una distinta configuración de la sociedad. La forma política se modelaría en la forma de la guerra, y el poder público aparecería siempre en las manos que tienen las armas<sup>8</sup>.

Como es fácilmente constatable, una historia construida en tal sentido tendría que tomar muy en consideración las relaciones que existen entre los recursos técnicos que una sociedad maneja y el tipo de actividad bélica que practica. Por ello, en cierto modo la "interpretación bélica de la historia", exige una historia de la ciencia y de la técnica, sin la cual no podría conseguir el mínimo grado de rigor exigible. En todo caso, es cierto que, si rastreamos las modificaciones históricas en el modo de hacer la guerra, podemos encontrar muchos elementos claves para entender la sociedad de la época correspondiente.

Algún atisbo de lo señalado es perceptible cuando Ortega apunta, aunque como suele ocurrir sin ahondar en ello ni concretar lo suficiente, una supuesta analogía entre las teorías de la física contemporánea y sus propias aseveraciones acerca de las causas de la guerra. Sugiere también el enorme peso que la técnica tiene en la guerra, pues cada vez más son las máquinas y no los hombres quienes deciden la suerte final de los conflictos. Parece así encaminar sus ideas hacia una interpretación materialista de la guerra, según la cual el desarrollo científico y tecnológico llevaría aparejada la consecuencia de la guerra, entendida como espacio natural en el que los países miden cuál es la extensión real de su poder.

En su opinión,



la interpretación bélica de la historia tiene de común con la idea de Marx la convicción previa de que la realidad histórica es lucha, y que en ella, quienes luchan, más que los hombres, son los instrumentos. El poder social parece repartido en cada época según la calidad y cantidad de medios de destrucción que cada hombre posea. En rigor, este pensamiento de la lucha como substrato de la realidad cósmica, lo mismo física que histórica, yace en los más hondos senos del alma moderna. Debiera haberse hecho antes la curiosa observación de que toda la física moderna está elaborada en torno a las leyes del choque formuladas por Wren. En cambio, no se ha sabido qué hacer con la idea de la 'atracción universal' que, instalada en la cima de la mecánica de Newton, tuvo siempre el aire de una noción mágica y heterogénea a todas las demás de la ciencia, como caída de otro mundo espiritual distinto del moderno. Y no es el menos sugestivo síntoma de que con Einstein empieza un tiempo nuevo el hecho de que haya sido el primero en destacar esa idea de 'atracción' y absorber en ella, por decirlo así, toda la mecánica<sup>9</sup>.

Como puede apreciarse, Ortega debilita con esto todavía más su argumentación, pues apela en defensa de sus tesis a teorías científicas que nada en absoluto tienen que ver con ellas. De esta forma, siguiendo su modo de proceder habitual, pretende ir extrayendo conclusiones, aplicables en los más diversos terrenos, de lo que está sucediendo en el plano científico.

Esto es así porque cualquier cambio científico lo interpreta Ortega en la clave de una modificación de la *espiritualidad* de la época en la que dicho cambio se ha producido. De acuerdo con este presupuesto, pasa con desmesurada alegría del ámbito propio de la ciencia a cualquier otro.

En esa línea, recurre a la idea de un *centro de gravedad* o foco de *atracción* para explicar los grandes fenómenos históricos. Es una idea interesante, pero que, lamentablemente, no se detiene a desarrollar. La justifica, sin más, con alusiones imprecisas y confusas a la física. En este y en otros puntos, quedan demasiadas zonas oscuras en el esbozo de una teoría de la guerra que Ortega realiza. En algunos escritos posteriores apuntará ciertos elementos que vienen a enriquecer el núcleo primitivo, del que ya hemos dado cuenta. No obstante, el resultado dista mucho de ofrecernos una teoría bien perfilada.

Especial interés tienen las objeciones que realiza al movimiento pacifista en el trabajo titulado, *En cuanto al pacifismo*, escrito en plena Guerra Civil española.

El pacifista -nos dice Ortega- ve en la guerra un daño, un crimen o un vicio. Pero olvida que, antes que eso y por encima de eso, la guerra es un enorme esfuerzo que hacen los hombres para resolver ciertos conflictos. La guerra no es un instinto, sino un invento. Los animales la desconocen y es pura institución humana, como la ciencia o la administración. Ella llevó a uno de los mayores descubrimientos, base de toda civilización: al descubrimiento de la disciplina. Todas las demás formas de disciplina proceden de la primigenia, que fue la disciplina militar. El pacifismo está perdido y se convierte en nula beataría si no tiene presente que la guerra es una genial y formidable técnica de vida y para la vida<sup>10</sup>.

Por tanto, desarrollo de la disciplina y técnica para la vida, son los dos rasgos que definen la actividad bélica. Sin embargo, frente a lo que Ortega considera que es un factor de civilización, los pacifistas reaccionan viendo en ella únicamente la expresión más refinada de la barbarie. Pero el pacifismo se caracteriza, a juicio del filósofo, por estar lastrado con el peso de una actitud negativa que le impide, por su propia naturaleza y sus efectos distorsionantes, llegar a tomar en consideración lo que es en sí misma la guerra. Y, si no puede hacerse cargo de lo que significa la guerra, tampoco estará en condiciones de poner los cimientos de la paz. En sus propias palabras, el planteamiento orteguiano puede resumirse así:

Por desconocer todo esto, que es elemental, el pacifismo se ha hecho su tarea demasiado fácil. Pensó que para eliminar la guerra bastaba con no hacerla o, a lo sumo, con trabajar en que no se hiciese. Como veía en ella sólo una excrecencia superflua y morbosa aparecida en el trato humano, creyó que bastaba con extirparla y que no era necesario sustituirla. Pero el enorme esfuerzo que es la guerra, sólo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor, un sistema de esfuerzos complicadísimos y que, en parte, requieren la venturosa intervención del genio. Lo otro es un puro error. Lo otro es interpretar la paz como el simple hueco que la guerra dejaría si desapareciese; por tanto, ignorar que si la guerra es una cosa que se hace, también la paz es una cosa que hay que hacer, que hay que fabricar, poniendo a la faena todas las potencias humanas<sup>11</sup>.

Mucho habría que decir al hilo de estas consideraciones. Para empezar, es preciso hacer hincapié en que la construcción de la paz no puede hacerse a escala de un único país. En el contexto europeo, Ortega sostiene con acierto que la paz depende precisamente de la relativización

cuando no del desmoronamiento de las fronteras nacionales. La paz en Europa depende de la integración de los Estados europeos en una entidad supranacional. El europeísmo de Ortega adquiere así matices que recuerdan los razonamientos de Kant en *La paz perpetua*. Sólo el fortalecimiento de los lazos entre las naciones, como consecuencia inmediata del reconocimiento de los vínculos culturales e históricos, puede ofrecernos un futuro libre de las tensiones bélicas. Pero ya en aquellos días, la Guerra Civil española era una viva muestra de que el escenario ideal en el que piensa Ortega estaba muy lejos de producirse. Posteriormente, la II Guerra Mundial no haría otra cosa que confirmar los más negros presagios. Pero lo cierto es que ninguno de esos dramáticos episodios de la historia reciente restan valor a estas últimas reflexiones de Ortega a propósito de la guerra. Para él,

es evidente que sí existe una convivencia general de los europeos entre sí, y, por tanto, que Europa es una sociedad, vieja de muchos siglos y que tiene una historia propia como pueda tenerla cada nación particular. Esta sociedad general europea posee un grado o índice de socialización menos elevado que el que han logrado desde el siglo XVI las sociedades particulares llamadas naciones europeas. Dígase, pues, que Europa es una sociedad más tenue que Inglaterra o que Francia, pero no se desconozca su efectivo carácter de sociedad. La cosa importa superlativamente, porque las únicas posibilidades de paz que existen dependen de que exista o no efectivamente una sociedad europea. Si Europa es sólo una pluralidad de naciones, pueden los pacíficos despedirse radicalmente de sus esperanzas. Entre sociedades independientes no puede existir verdadera paz. Lo que solemos llamar así no es más que un Estado de guerra mínima o latente<sup>12</sup>.

Dejando por un momento de lado el comentario de los *errores de perspectiva* que, a juicio de Ortega, padecen los pacifistas, otras muchas distorsiones dificultan la apreciación exacta de la realidad por parte del hombre común. Así, él entiende que un yerro frecuente es el que ha hecho ver en el siglo XIX la época de los grandes avances científicos y técnicos, cuando en realidad la mayoría de los más decisivos avances se han producido en lo que entonces iba de siglo XX.

Convencido el hombre medio de que la centuria anterior era la que había dado cima a los grandes adelantos, no se dio cuenta de que la época sin par de los inventos técnicos y de su realización ha sido estos últimos cuarenta años. El

número e importancia de los descubrimientos, y el ritmo de su efectivo empleo en esa brevísima etapa, supera, con mucho a todo el pretérito humano tomado en su conjunto. Es decir, que la efectiva transformación técnica del mundo es un hecho reciente y que ese cambio está produciendo ahora -ahora y no desde hace un siglo- sus consecuencias radicales<sup>13</sup>.

Según su apreciación, era entonces cuando el progreso técnico estaba produciendo los más fuertes impactos en todos los órdenes de la sociedad. Fruto de esas conmociones eran, a su entender, la mayoría de los conflictos que en aquellos días se registraban. Los más significativos de estos cambios son los que han afectado a la manera de producir los bienes que la sociedad necesita y los que han revolucionado las comunicaciones, haciendo que el mundo se viera seriamente empequeñecido en el transcurso de unos pocos años. La importante transformación de la economía nacional, desde 1914 hasta la fecha en que Ortega escribe, es sin duda uno de los factores que el filósofo tiene bien presentes a la hora de pronunciarse sobre estos asuntos. De tal forma que, no está pensando sólo en las grandes potencias económicas, sino en nuestro propio país, cuando sostiene que, "no pocos de los profundos desajustes en la economía actual vienen del cambio súbito que han causado en la producción esos inventos, cambio al cual no ha tenido tiempo de adaptarse el organismo económico". La transformación ha sido profunda, radical, y puede ejemplificar muy bien, por otra parte, la idea que Ortega tiene acerca de los cambios sociales. Como hemos visto, las tensiones bélicas son un factor con el que siempre habrá que contar, mientras que los procesos propiamente revolucionarios han de ser evitados a toda costa. Son, por el contrario, las transformaciones silenciosas de las estructuras sociales y económicas las que acaban dando más y mejores frutos a la humanidad. El proceso de transformación de la economía, merced a la aplicación sistemática en ella de los recursos científicos y tecnológicos, ha producido una transformación de esa índole.

Que una sola fábrica -nos dice- sea capaz de producir todas las bombillas eléctricas o todos los zapatos que necesita medio continente, es un hecho demasiado afortunado para no ser, por lo pronto, monstruoso. Esto mismo ha acontecido con las comunicaciones. De pronto y de verdad, en estos últimos años recibe cada pueblo, a la hora y al minuto, tal cantidad de noticias y tan

recientes sobre lo que pasa en los otros, que ha provocado en él la ilusión de que, en efecto, está en los otros pueblos o en su absoluta inmediatez. Dicho en otra forma: para los efectos de la vida pública universal, el tamaño del mundo súbitamente se ha contraído, se ha reducido. Los pueblos se han encontrado de improviso dinámicamente más próximos. Y esto acontece precisamente a la hora en que los pueblos europeos se han distanciado más moralmente<sup>14</sup>.

Finalmente, en el fracaso de la labor pedagógica, que los intelectuales deberían haber emprendido en el momento en que comenzaron a ser decisivas las repercusiones de los cambios económicos, es donde hay que situar el origen de muchas de las tensiones que la sociedad actual padece. Pero no es éste el único elemento pernicioso que han traído los nuevos cambios. Como ya se apuntó antes, el entusiasmo provocado por los éxitos científicos y técnicos, ha convertido a los científicos en verdaderas estrellas, que ya no sólo hablan de aquello que conocen, sino que expresan sus opiniones sobre los más diversos asuntos, generando sus pareceres un notable asentimiento en el seno de la sociedad. Un ejemplo concreto de ello lo encuentra Ortega en las alusiones a la Guerra Civil española realizadas por Einstein. El filósofo no esconde su desagrado por lo que el afamado científico ha tenido a bien expresar en los medios de comunicación. Su apoyo a la actuación del Frente Popular le saca literalmente de quicio. Veamos, pues, cómo se refiere a ese suceso.

Hace unos días, Alberto Einstein se ha creído con 'derecho' a opinar sobre la guerra civil española y tomar posición ante ella. Ahora bien, Alberto Einstein usufructúa una ignorancia radical sobre lo que ha pasado en España ahora, hace siglos y siempre. El espíritu que le lleva a esta insolente intervención es el mismo que desde hace mucho tiempo viene causando el desprestigio universal del hombre intelectual, el cual, a su vez, hace que hoy vaya el mundo a la deriva, falta de *pouvoir spirituel*<sup>15</sup>.

Frente a las alusiones que él considera frívolas y sin fundamento, Ortega se refiere a otros sucesos de los que se deriva una imagen completamente distinta de lo que está ocurriendo en la zona republicana. Es evidente que ya ha tomado partido a favor del bando rebelde en la contienda. También lo es, a estas alturas, que su entusiasmo inicial por el belicismo ha desaparecido por completo cuando él mismo y su pueblo se han visto abo-

cados a algo tan terrible como una guerra civil. Sólo desde esos presupuestos, unidos a otro más que es su anticomunismo militante, pueden entenderse alusiones como éstas, en las que reprende a los intelectuales británicos su actitud frente a la guerra española:

Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por la radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad<sup>16</sup>.

Acto seguido, Ortega se refiere a lo que él considera contradictoria actitud de los laboristas británicos. El argumento es que éstos quieren para España, lo que no han querido para Gran Bretaña. El anticomunismo y, en general, la fobia frente a todo izquierdismo, es más manifiesto aun si cabe. En esa línea, denuncia la incongruencia política de los laboristas. Sus palabras son ahora especialmente duras.

Hace poco -señala-, el Congreso del Partido Laborista rechazó, por 2.100.000 votos contra 300.000, la unión con los comunistas, es decir, la formación en Inglaterra de un 'Frente Popular'. Pero ese mismo partido y la masa de opinión que pastorea se ocupa en favorecer y fomentar, del modo más concreto y eficaz, el 'Frente Popular' que se ha formado en otros países<sup>17</sup>.

Finalmente el tiempo y sus crueles caprichos se le habían echado encima. Eran ya malos momentos para andar entre dudas y matices. Había que escoger un bando y así lo hace Ortega, aunque su alejamiento de la República no le fuera reconocido más tarde por el régimen franquista. En todo caso, tras conocer el contenido de estas reflexiones, a modo de dramática conclusión, podemos decir que el esbozo orteguiano de una teoría de la guerra hace aguas definitivamente cuando su autor lo confronta con la realidad de la guerra. Este es, quizá, el único aspecto positivo que pueda extraerse de tanta veleidad belicista.

## BIBLIOGRAFÍA

- DAHL, R.A.: *Ortega y Gasset and the Question of Modernity*, Prisma Institute, Minneapolis, 1989.
- DOBSON, A.: *An introduction to the Politics and Philosophy of José Ortega y Gasset*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- DUST, P. H.: "Freedom, Power and Culture in Ortega y Gasset's philosophy of Technology". *Rev. Research in Philosophy and Technology*, Num 11, 1990.
- ELORZA, A.: *LA RAZÓN Y LA SOMBRA. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Anagrama, Barcelona, 1984.
- MORÁN, G.: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Tusquets, Barcelona, 1998.
- ORTEGA Y GASSET, J.: O. C. Alianza, Madrid, 1987.
- VV.AA.: *Los vanguardistas españoles (1925-1935)*, selección y comentarios de Ramón Buckey y John Crispin, Alianza, Madrid, 1973.

## NOTAS

- 1 Ortega y Gasset, J.: *El espectador*. Vol. II. (1917). O.C., T. II. "El genio de la guerra y la guerra alemana" (*Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg*, por Max Scheler, 1915). Pág. 198.
- 2 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 199.
- 3 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. pp. 204-5.
- 4 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 210.
- 5 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 219.
- 6 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 223.
- 7 Ortega y Gasset, J.: *El espectador*. Vol. VI. (1927) O.C., T. II. "La interpretación bélica de la historia", octubre de 1925. p. 524-5.
- 8 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 528.
- 9 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. pp. 528-9.
- 10 Ortega y Gasset, J.: *En cuanto al pacifismo* (1937). O.C., Vol. IV p. 287.
- 11 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 288.
- 12 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 296.
- 13 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 301.
- 14 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 301-2.
- 15 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 307.
- 16 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 306.
- 17 Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. p. 307.